Carta Pastoral

Con motivo del Jubileo de Su Santidad el Papa Pio IX.

Con motivo del Jubileo de Su Santidad el Papa Pio IX.

Nós, el Doctor y Maestro Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, por la misericordia de Dios y la gracia de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Tamaulipas.

Á nuestro vicario general, á los vicarios foráneos, á todo el clero y pueblo de nuestra diócesi,

SALUD Y BENDICIÓN.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros muy amados:

En este momento nos llega de Roma un precioso documento, y es nuestro deber comunicároslo sin tardanza. Nuestro Santísimo Padre, el gran Pontífice Pio IX, acaba de terminar felizmente el año vigésimoquinto de su azaroso pontificado. Con motivo de tan fausto acontecimiento, sin igual en la historia de los doscientos cincuenta y cinco Papas que le han precedido, despues de San Pedro, el Supremo Jerarca ha abierto

de un modo especial los tesoros inagotables de la Iglesia, y nos convida á aprovecharnos de su santa liberalidad. Quiere además que nos unamos todos á Su Santidad, para dar gracias al Dios de las misericordias por los infinitos favores de que se ha dignado colmarlo, y por la protección manifiesta que por su medio ha querido dispensar á su Iglesia. A este fin ha dirigido á todos los Obispos del Orbe católico la Encíclica que, sin más preámbulos, os ponemos delante de los ojos, traducida por Nós mismo del texto original que se nos ha remitido.

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR PIO, POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA IX,

A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y Prelados ordinarios del Orbe, que viven en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

PIO PAPA IX.

Venerables Hermanos, Salud y Bendición Apostólica.

Los beneficios de Dios nos convidan á celebrar su benignidad en este momento en que muestran una vez más la gracia con que Nos protege y manifiestan la gloria de su Majestad. Está para terminar el año vigésimoquinto, contado desde aquel dia en que, por divina disposición, Nos hicimos cargo del ministerio de Nuestro Apostolado, cuyos tiempos calamitosos os son tan conocidos, que no hay necesidad que os los recordemos largamente. En verdad, Venerables Hermanos, la serie de tantos acontecimientos prueba hasta la evidencia, que la Iglesia militante sigue su marcha en medio de frecuentes combates

y triunfos; en verdad que Dios rige y gobierna las vicisitudes de los tiempos en el mundo, que es el escabel de sus plantas; en verdad que se sirve á menudo de instrumentos débiles y despreciables, para llevar así á cabo los designios de su sabiduría.

Nuestro Señor Jesucristo, autor y supremo moderador de la Iglesia que adquirió con su sangre, se ha dignado, por los méritos del Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, que vive siempre y preside en esta Sede Romana, regir y sostener con su gracia y virtud, á mayor gloria de su nombre y provecho de su pueblo, Nuestra debilidad y pequeñez, durante el larguísimo período de Nuestra servidumbre Apostólica. De aquí es que Nós, apoyado en su divino auxilio, y sirviéndonos constantemente de los consejos de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y más de una vez tambien de los vuestros, Venerables Hermanos, que en gran número os reunísteis con Nós aquí en Roma, ilustrando esta cátedra de verdad con el esplendor de vuestra virtud y unánime piedad, hemos podido en el trascurso de este Pontificado, satisfaciendo á los votos Nuestros propios y de todo el Orbe católico, declarar, con dogmática definición, la Concepción Inmaculada de la Virgen Madre de Dios, y decretar honores celestes á muchos héroes de Nuestra Religión; y no dudamos que la protección de tantos santos, y especialmente el amparo de la Madre de Dios, darán pronto socorro á la Iglesia Católica en estos tiempos tan adversos.

Debemos igualmente al auxilio y á la gloria divina el que hayamos podido propagar la luz de la verdadera

fé, enviando operarios evangélicos á remotas y áun inhospitalarias regiones, establecer en muchos lugares el Orden de la eclesiástica Jerarquía, y herir con solemne condenación los errores contrarios, así á la razón humana como á las buenas costumbres, así á la Iglesia como al Estado, que prevalecen sobre todo en este siglo. Asimismo con la ayuda de Dios hemos procurado unir entre sí, con vínculo de concordia, en cuanto hemos podido, firme y sólido, la potestad eclesiástica y la civil, así en las regiones de Europa como en las de América, y proveer á muchas necesidades de la Iglesia Oriental, que desde el principio de nuestro Apostólico ministerio hemos mirado siempre con paternal afecto; y Nos fué dado no há mucho acometer y promover la empresa del Concilio Ecuménico Vaticano, cuya suspensión, empero, Nos obligaron á decretar las bien conocidas vicisitudes de esta época, precisamente cuando por una parte la Iglesia habia ya obtenido de él grandísimos frutos, y por otra los esperaba en mayor abundancia.

Ni tampoco, Venerables Hermanos, hemos dejado nunca de ejecutar, con el favor divino, todo aquello que exigian los derechos y deberes de nuestro Principado civil. Las felicitaciones y aplausos que, como bien recordais, acogieron el principio de Nuestro Pontificado, presto se tornaron en injurias y persecuciones, á tal grado, que Nos forzaron á salir desterrado de esta Nuestra amadísima Ciudad. Pero apenas fuimos restituido á esta Sede Pontificia, merced á los comunes deseos y esfuerzos de los pueblos y Príncipes católicos, sin dilación alguna dirigimos toda Nuestra atención y Nuestros esfuerzos, á promover y alcanzar para Nuestros fieles súbditos aque-

lla sólida y nada falaz prosperidad que hemos mirado siempre como el deber más imperioso de Nuestra civil Soberanía. Pero en tanto un poderoso vecino Nuestro, que empezó á codiciar vivamente las tierras de Nuestro dominio temporal, desoyó Nuestras paternales y repetidas admoniciones y quejas, para escuchar tan sólo los consejos de las sectas de perdición; y últimamente, como bien sabeis, sobrepujando con mucho la desvergüenza de aquel Hijo Pródigo de que nos habla el Evangelio, se apoderó con la fuerza y con las armas, áun de Nuestra Ciudad, que pedia para sí, y ahora la retiene en su poder, cual si fuera una herencia que á él pertenezca. No podemos menos, Venerables Hermanos, que conmovernos vehementemente por una usurpación tan nefaria cual es la que sufrimos. Nos angustia sobremanera tamaña iniquidad en esos proyectos que tienen por mira, despues de destruido Nuestro Principado civil, el borrar con el mismo golpe, si tal pudiera suceder, Nuestra potestad espiritual y el Reino de Cristo en la tierra. Nos oprime el dolor á la vista de tantos y tan graves males, especialmente de aquellos que ponen en peligro la eterna salvación de Nuestro pueblo; y en esta amargura nada Nos es tan doloroso, como el hallarnos impedido, por la opresión que sufre Nuestra libertad, para poner los remedios necesarios á tantos males.

A todas estas causas de Nuestra tristeza, se añade, oh Venerables Hermanos, esa larga y miseranda serie de calamidades y de males que por tanto tiempo han consternado y afligido á la nobilísima Nación Francesa, males que han aumentado inmensamente en estos dias los inauditos excesos cometidos por una horda desenfre-

nada de hombres feroces y perdidos, y particularmente el atroz crimen del impío parricidio consumado en el asesinato de Nuestro Venerable Hermano el Arzobispo de París; y bien comprendeis qué impresión habrán hecho en Nós semejantes desgracias, cuando han llenado el Orbe entero de espanto y de horror. Por último, Venerables Hermanos, Nos llena de amargura más aún que todo lo demás, el ver á tantos hijos rebeldes, ligados con tantas y tan pesadas cadenas de censuras, sin prestar la menor atención á Nuestra voz paternal, sin hacer el menor caso de su salvación, seguir todavía despreciando el tiempo de penitencia que Dios les ofrece, y obstinarse con audaz contumacia en ser víctimas de la ira de la venganza divina, más bien que probar en el tiempo el fruto de su misericordia.

Ahora bien, en medio de tantas vicisitudes, merced á la protección del Dios clementísimo, vemos ya llegar el dia natalicio de nuestra exaltación, en el cual, así como sucedimos al Bienaventurado Pedro en su Sede, así tambien, aunque infinitamente desiguales en méritos, encontramos que somos sus compañeros é iguales en años, en la duración de la servidumbre Apostólica. En verdad que este es un nuevo, singular y grandísimo dón de la dignación divina, á Nós únicamente conferido, por disposición de Dios, en tan numerosa serie de santísimos Predecesores Nuestros y en el largo trascurso de diez y nueve siglos. Y en esto tambien reconocemos tanto más admirable para con Nós la divina benignidad, en cuanto vemos que en esta época somos considerado digno de padecer persecución por la justicia, y observamos ese maravilloso afecto de adhesión y de amor, que anima

con vehemencia al pueblo cristiano en todos los ángulos de la tierra, y lo impele con ímpetu unánime hácia esta Santa Sede. Y habiéndosenos conferido estos dones sin ningun mérito Nuestro, hallamos Nuestras fuerzas de todo desiguales, para corresponder al deber que nos incumbe de dar á Dios las gracias que le son por tan justo título debidas.

Por tanto, mientras pedimos á la Inmaculada Virgen Madre de Dios que nos enseñe á dar gloria al Altísimo con el mismo espíritu con que Ella lo glorificó con aquellas sublimes palabras: "*Ha hecho en mí cosas grandes y maravillosas el que es poderoso*," una y mil veces os rogamos, Venerables Hermanos, que juntamente con los rebaños encomendados á vuestro cuidado, entoneis unidos á Nós himnos y cánticos de alabanza y de gracias al Dios de bondad. Magnificad vosotros conmigo al Señor, os decimos con las palabras de León Magno, y ensalcemos de consuno su santo nombre, para que toda la gloria de las gracias y de las misericordias que hemos recibido, se dirija á la alabanza de su autor. Haced conocer á vuestros pueblos Nuestro ardiente amor, y manifestadles el vivo reconocimiento de Nuestra alma por los preclaros testimonios que Nos han dado de su piedad filial hácia Nós, y por los obsequios que por tanto tiempo y con tanta perseverancia Nos han prestado. Nós, entretanto, por lo que á Nós toca, pudiendo repetir con razón las palabras del Profeta Rey: "*Se ha prolongado mi destierro*," necesitamos ya del auxilio de vuestras plegarias, para alcanzar la fuerza y la confianza de entregar Nuestra alma al Príncipe de los Pastores, en cuyo seno se halla el refrigerio de los males de esta turbulenta y azarosa